

# ALEX EL BEER SEGUNDO JINETE

El inspector Emmerich  
en la Viena de entreguerras

Premio  
Leo Perutz  
de los  
libreros



Una historia cautivadora ambientada en la Viena de entreguerras, por la nueva estrella de la novela negra austríaca. Viena, poco después del final de la Primera Guerra Mundial. El esplendor de la ciudad imperial es cosa del pasado, Viena se hunde en el hambre y la miseria. August Emmerich, que participó en la guerra y oculta las secuelas de una herida en la pierna, descubre el cuerpo de un mendigo que presuntamente se ha suicidado. Como investigador experimentado, no confía en las apariencias, pero no tiene evidencias que prueben su teoría de que se trata de un asesinato y su superior archiva el caso. Emmerich y su asistente, Ferdinand Winter, deciden llevar a cabo su propia investigación, y así comienza una persecución apasionante y llena de peligros por las calles de la sombría Viena de posguerra, repleta de seres marginados, criminales y ciudadanos que luchan por sobrevivir.

*Tiene un brazo muy largo la guerra.  
Se cobra sus víctimas  
mucho después de su fin.*

*MARTIN KESSEL*

## 1

Viena, noviembre de 1919

—¡JOST! ¡CABO JOST! —se oyó entre la maleza, pero él no hizo caso de la llamada. Sabía que no había ninguna persona viviente que deseara hablar con él. La voz solo existía dentro de su cabeza. Junto con todas las demás.

Aunque ya hacía un año que había terminado la guerra, los recuerdos de esa época no desaparecían. Cuando cerraba los ojos, los veía tan claros ante él como si todo hubiera ocurrido ayer: los muertos, los moribundos, los mutilados. Aún tenía en la nariz el olor del sudor frío mezclado con el humo de las granadas, pero, sobre todo, le retumbaba incesantemente en los oídos el estruendo de los combates: las órdenes a gritos, el fuego graneado, las detonaciones, los aullidos de dolor. Habían encontrado un nuevo hogar en su cabeza y se habían adueñado de su cuerpo.

No, no había regresado de los campos de batalla de Galitzia.

Dietrich Jost se miró las manos, que le temblaban incontroladamente, y luego se miró los pies, que le costaba mucho mover por aquel terreno impracticable. Antes de la guerra había gozado de una buena posición como cuidador de animales, pero ahora no era nada. Una víctima de la neurosis de guerra que no podía dejar de temblar. Un tartamudo. Un tullido lastimoso que tenía que vivir en el asilo de vagabundos y mendigar para comer. Traicionado por su país, al que se lo había dado todo. Los funcionarios lo clasificaron como neurótico, como simulador histérico, para no tener que pagarle la pensión de los mutilados de guerra. ¿Valía más una pierna amputada que un alma rota?

—¡Jost! ¡Cabo Jost!

Se adentró en el bosque, con las rodillas temblorosas pero con paso resuelto, dejando atrás el estrecho sendero por el que iba andando y abriéndose camino entre la maleza. Por allí tenía que estar la cabaña de cazadores donde lo esperaban el dinero y los papeles con los que conseguiría un billete para la travesía de Trieste a Santos. Eran su salvoconducto para una nueva vida en ultramar. Brasil sería su salvación. El rugido del mar acallaría las voces de su cabeza y el sol desteñiría todas aquellas imágenes espantosas.

En la oficina de la agencia de emigración había visto fotografías de mujeres hermosas con niños mofletudos en las caderas redondeadas y una sonrisa en los labios. Encontraría una mujer y dejaría su antigua vida detrás del horizonte. En Viena, ese lodazal.

El emperador se había exiliado, los países de la corona se habían separado y Austria ya no era más que un resto deplorable que apenas si estaba en condiciones de vivir. Exactamente igual que sus habitantes. Había carencia de todo: de comida, de carbón, de jabón, de ropa. Las personas pasaban hambre, se helaban de frío y apestaban. Andaban a palos por un trozo de carne de caballo podrida o unas cuantas patatas mohosas, y tenían que compartir sus camas con las pulgas. La falta de trabajo y medicamentos propagaba los crímenes y las enfermedades.

La otrora brillante capital del imperio se había convertido en un sórdido Moloch del que él pronto escaparía. Había muerto en Galitzia y resucitaría en Brasil.

—¡Jost! ¿Estás sordo o qué?

Ahora la voz sonó muy cerca. A su lado. Y era real. Tan real como el frío acero del cañón de la pistola que le apretaba la sien.

—Ppp... por faaa... Por favor, nnn... no —tartamudeó Jost.

—Me han dicho que quieres ir a un lugar más bonito. Y yo voy a ayudarte a llegar hasta allí.

Una fuerte detonación desgarró el silencio del bosque y las voces de la cabeza de Jost enmudecieron para siempre.

## 2

EN EL TRANVÍA que llevaba del centro de Viena hacia Hütteldorf, el inspector de sección August Emmerich se cubrió la cara con la gorra de visera, cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en el asiento. Estaba cansado, lo que no era nada extraño habida cuenta de lo tarde que era y de que la noche anterior apenas si había pegado ojo. Los hijos de Luise, una mujer que había perdido a su marido en la guerra y con la que ahora él vivía, estaban siempre enfermos, puesto que no había bastante dinero para calentar la casa. Tosían con violencia y se pasaban el día llorando. Tres personitas que habían escogido una mala época para nacer. Aunque, bien mirado, ¿había alguna buena época para nacer?

Notó que le pesaban los párpados y los cerró por unos breves instantes, disfrutando de aquella agradable temperatura. Desde hacía poco tiempo se calentaban los tranvías con la electricidad de la línea aérea de contacto, y ese día el revisor se mostraba especialmente benévolo, sabedor de que a la mayoría de los pasajeros les esperaba una cama fría en un piso igualmente frío. El carbón era escaso y encender la estufa, un lujo que muy pocos se podían permitir. Por eso eran tan de agradecer aquellos recesos de calor.

Emmerich bostezó y apoyó la cabeza contra la ventanilla, detrás de la cual pasaba el Casino Baumgarten, con esa fachada suntuosa que evocaba mejores tiempos. ¿Qué sorpresas le depararía la noche? Lanzó una mirada a Veit Kolja, el hombre al que le seguía el rastro desde hacía más de tres meses y que ahora iba sentado dos filas delante de él. Dependía solamente de él, del inspector Emmerich, que se pudiera desbaratar el negocio del malhechor, y la noche pintaba bien. Kolja llevaba un gran saco de yute en el rega-

zo, y Emmerich tenía la esperanza de que se dirigiera a uno de sus almacenes.

Había escasez de comida, ropa y medicamentos, y Kolja era uno de los que sacaban provecho de la necesidad de la gente. Era el jefe de una banda de contrabandistas que escondía provisiones en lugares secretos y las cambiaba por oro, joyas y otros objetos de valor.

Cuando este tiempo de penurias y privaciones terminara por fin, Kolja sería inmensamente rico o bien, si Emmerich se salía con la suya, estaría en la cárcel. En el calabozo más recóndito, lóbrego y húmedo. Para siempre. Porque ¿había algo más vil que enriquecerse a costa del sufrimiento y la penuria?

En las semanas anteriores había hecho todo lo posible por echar el guante a Kolja y sus compinches. Los había seguido y observado, había estado de plantón bajo la lluvia y el frío, incluso había untado a algún que otro informante. Había sido difícil y agotador, pero había valido la pena. Estaba muy cerca. Lo sentía. La disolución de la banda de contrabandistas y la detención de los responsables eran inminentes, y con ello también lo sería su promoción... Si nada lo impedía en el último momento. O, mejor dicho, nadie. Pues su nuevo superior, el inspector de división, Leopold Sander, un antiguo oficial del Ejército Imperial y Real condecorado, con un gran conocimiento de la guerra pero sin la menor idea del trabajo policial, había tenido la brillante idea de asignarle un ayudante: Ferdinand Winter, un novato que acababa de terminar su formación y le estorbaba más que otra cosa.

Winter, que iba sentado a su lado, por supuesto vestido de paisano, como el propio Emmerich, lo ponía todo en peligro con su mera presencia. Irradiaba un aura de nerviosismo. No paraba de mover las piernas y tamborileaba con los dedos en el asiento de madera, como si tratara de mandar un caótico código morse a la noche. Estaba llamando la atención de los demás pasajeros, la mayoría de ellos traba-

jadores de fábricas que volvían a sus casas después de una jornada larga y agotadora. Un exceso de energía como el que Winter manifestaba en ese momento no pasaba inadvertido. Y llamar la atención era lo último que había que hacer cuando se seguía a un sospechoso.

—Tranquilízate —susurró Emmerich, que se negaba a llamar de usted al novato. El respeto era algo que uno debía ganarse. Le lanzó al joven una mirada irritada.

Winter tenía unos ojos grandes de un azul intenso, pelo rubio brillante, piel inmaculada y manos suaves. Siempre hablaba de manera distinguida. Gente así no estaba a la altura de aquel trabajo. Gente así no estaba a la altura de aquella época. Emmerich había conocido a chicos tiernos y delicados como Winter en el orfanato donde había pasado la infancia. Cuanto más buenos y cándidos eran, menores eran sus posibilidades de sobrevivir.

Ferdinand Winter era sin duda uno de ellos. Uno de los buenos y cándidos. Por lo que le habían dicho, era además el hijo mimado de una rica familia vienesa cuyo dinero ya no valía nada. La inflación recogía las migajas que había dejado la guerra, de modo que al joven no le había quedado más remedio que enfrentarse a la realidad. Lo cual no era nada malo en principio, pensaba Emmerich, siempre que no tuviera lugar en su ámbito de competencias.

—Satzberggasse —anunció la penúltima estación el revisor, pero Kolja no se movió de su asiento. ¿Adónde iría el canalla?

—¡Cálmate de una vez! —susurró Emmerich, viendo que Winter volvía a inquietarse—. Vamos a la periferia, no al frente.

—Hütteldorf, Bujattigasse —gritó el revisor al poco rato—. Última estación. Bajen todos, por favor.

Los pasajeros que quedaban en el tranvía se fueron levantando despacio y de mala gana. El receso de calor había terminado, y afuera les esperaba la vida.

Los dos policías se pusieron en la fila que descendía a la plataforma posterior del tranvía a través de la puerta corredera y de allí bajaba dos peldaños hasta la calle. Acto seguido los pasajeros se dispersaron en todas direcciones.

Emmerich se quedó atrás y agarró a Winter por el hombro para impedirle que se pegara demasiado a Kolja.

—Despacio —le dijo cuando el sospechoso se hubo alejado lo suficiente—. Este tipo es un profesional. Lo mejor es que te mantengas tres pasos detrás de mí.

A una distancia prudencial, siguieron a Kolja, que se dirigía directamente a la fonda Prilisauer, para satisfacción de Emmerich. No le vendría nada mal una copita de aguardiente. Incluso tomaría con gusto dos.

Pero el contrabandista tenía otros planes. Poco antes de llegar a la fonda torció a la izquierda, atravesó el parque Ferdinand Wolf siguiendo la orilla del Halterbach hasta su desembocadura en el río Viena, cruzó el puente Bräuhausbrücke y, girando a la derecha, dejó tras de sí cualquier rastro de civilización.

—¿Tiene algún problema? Veo que cojea —dijo Winter a su espalda, en una voz casi demasiado alta. Emmerich se hizo el sordo—. Aquí no hay más que bosque —constató innecesariamente Winter, y Emmerich tuvo que contenerse para no cerrarle el pico allí mismo.

—Espérame aquí —le ordenó cuando vio que Kolja trepaba el muro deteriorado que rodeaba el llamado Lainzer Tiergarten, una extensa zona de la parte oriental del Bosque de Viena—. Y no te muevas de aquí. —Se sentía más como una niñera que como un inspector de sección de primera clase.

—Está bie... —empezó a decir Winter, pero se calló y apretó los labios.

Emmerich asintió con la cabeza. Por lo menos el muchacho aprendía rápido.

Examinó su arma, una pistola de repetición Steyr, se aseguró de tener a mano su puño de acero y saltó el muro.

Cuando cayó al otro lado, le costó un gran esfuerzo reprimir un gemido de dolor. Desde la batalla de Vittorio Veneto llevaba incrustada en la pierna derecha una esquirla de granada que era un tormento constante. En los últimos días lo había hecho sufrir como nunca. Los médicos le habían diagnosticado artrofibrosis. Una palabra elegante para un estado lamentable.

Emmerich se masajeó la rodilla, que con la cicatrización del tejido conjuntivo se iba volviendo cada vez más rígida, se enderezó y se apoyó en el muro. Menos mal que le había ordenado a Winter que no lo siguiera. Nadie debía saber nada de su minusvalía, y el chico ya sospechaba algo. No se podía permitir que lo trasfirieran al servicio interno por incapacidad. Ahora que tenía a Luise y sus hijos a su cargo, necesitaba los suplementos de investigación. Acababa de cumplir treinta y seis años y no quería ni pensar en que tuviera que pasar el resto de su carrera como alguacil. No estaba hecho para eso. Él era agente de policía. Él cazaba delincuentes, y los cazaba en la calle, no sobre el papel. Además, no estaba dispuesto a renunciar a su gran objetivo: formar parte del departamento de Homicidios. Los hombres que trabajaban allí, bajo las órdenes del célebre Carl Horvat, eran la élite del sistema policial. Investigaban todos los homicidios o delitos graves contra la integridad física de las personas. Desde que tenía uso de razón quería ser uno de ellos, y ahora que estaba tan cerca no iba a dejar que nada se lo impidiera. Ni siquiera su pierna.

Emmerich agarró su amuleto, un dije de plata que colgaba de un collar de cuero, apretó los dientes y se metió en el bosque cojeando. Por suerte, Kolja había encendido una linterna que lo guiaba y, gracias a Dios, la persecución no duró mucho. A los pocos metros, la luz dejó de moverse, y Emmerich tomó posición detrás de un árbol voluminoso. ¿Qué buscaba allí el contrabandista? En toda esa zona no había un búnker ni nada parecido que pudiera servir de almacén.

Kolja se puso a silbar una canción, dejó el saco en el suelo y sacó algo de él. Un hacha.

A Emmerich se le contrajo el estómago. Pero no por el miedo o el hambre, sino porque comprendió qué era lo que Kolja había ido a hacer allí. Nada relacionado con sus turbios negocios: había ido a por leña.

Cuando Kolja clavó el hacha en un haya delgada, el decepcionado Emmerich aprovechó para regresar sigilosamente.

—Falsa alarma —refunfuñó, aupando sobre el muro su pierna dolorida—. ¿Winter? —El chico no estaba donde debía estar—. ¿Winter?

Desde lo alto del muro, Emmerich barrió toda la zona con la mirada. Supo desde el primer momento que su nuevo ayudante le traería disgustos. ¿Qué debía hacer ahora? El maldito novato... ¿Dónde se había metido?

Un grito a su espalda respondió a su pregunta.

—¡Winter!

Emmerich bajó del muro de un salto, ignorando el fuerte dolor que sintió en todo el cuerpo, y se adentró en la noche oscura, iluminada por la débil luz de la luna.

¿Acaso Kolja no había ido solo? ¿Habrían descubierto los contrabandistas al inexperto Winter y se lo habrían llevado? ¿Lo habría atacado algún animal? ¿O se habría unido a otros recolectores de leña?

Un bache hizo tropezar a Emmerich, interrumpiendo el curso de sus pensamientos. Manoteó en el aire, pero no encontró nada a lo que agarrarse y cayó de bruces en el barro.

El olor de la tierra y el sabor metálico de la sangre en su boca desencadenaron una cascada de recuerdos. El temblor de la tierra, el retumbar de los cañones, los cascos saltando en pedazos y el conflicto más espantoso de todos, el que enfrentaba el instinto de supervivencia a la fuerza de mando. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Tenía

que zafarse, levantarse, seguir adelante. No rendirse nunca. No capitular jamás.

Se asustó cuando de repente alguien lo agarró del brazo y lo levantó.

«Maldita sea, Winter», quiso gritar cuando vio de quién se trataba, pero se contuvo al observar que el joven tenía las manos manchadas de sangre.

—¿Qué ha pasado?

Winter se volvió y señaló hacia la linde del bosque.

—Tiene que verlo.

Después de cerciorarse de que su nuevo ayudante estaba indemne, Emmerich se sacudió el barro del pantalón, se recolocó la gorra y escuchó atentamente. Silencio. Kolja había terminado su tarea.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja.

Winter le indicó que lo siguiera y echó a andar en dirección a la maleza, aunque no hacia donde había ido Kolja.

El chico andaba deprisa, a grandes zancadas. No lo estorbaban ni el terreno irregular ni las ramas bajas. Andaba siempre adelante, adentrándose cada vez más en la maleza, hasta que la vegetación se hizo tan densa que no se veía nada a dos palmos.

A Emmerich le costaba seguir aquel ritmo, pero se resistía a pedirle a su ayudante que no fuera tan rápido. Sintió un gran alivio cuando Winter por fin se detuvo.

—¿Qué ocurre?

Por toda respuesta, Winter se puso a mirar a su alrededor, como buscando algo.

—¿Puedo? —preguntó, mostrando una pequeña linterna.

Tras pensarlo un momento, Emmerich asintió con la cabeza. Si se encontrasen con Kolja o con alguna otra alma humana, diría que eran dos pobres en busca de leña para sus estufas.

Winter encendió la linterna y empezó a barrer el suelo del bosque con la luz.

—Tiene que estar por aquí —dijo—. Oí ruidos y fui a ver si usted tenía algún problema...

—¿Si yo tenía algún problema? —lo interrumpió Emmerich.

Winter asintió con la seriedad de un niño.

—Y entonces tropecé con una raíz y caí encima de él.

—¿Encima de quién?

—De él.

El cono de luz al fin se detuvo y, como si de un foco de teatro se tratara, alumbró una escena horrible. El protagonista del escenario macabro era un hombre muerto con el rostro pálido enmarcado por dos hilos de sangre de una naturaleza que recordaba más al alquitrán que a la savia de la vida. Viscosa, pegajosa y apestosa.

—¿No has visto nunca un cadáver? —preguntó Emmerich al ver la cara de Winter, más pálida aún que la del muerto. Era una pregunta retórica, y casi se atragantó cuando el joven negó con la cabeza. El agente de policía Ferdinand Winter debía de ser la única persona del país que nunca había visto un cadáver—. ¿Dónde diablos has pasado los últimos cinco años? —Esta vez la pregunta no era retórica.

—En la Oficina de Correos y Telégrafos Imperial y Real.

Emmerich no hizo ningún comentario, le quitó la linterna a su ayudante sin decir ni una palabra, se arrodilló y alumbró el cadáver de los pies a la cabeza: los zapatos maltrechos, de suelas finísimas, los pantalones gastados, la cuerda que servía de cinturón, el revoltijo de parches y agujeros en que se había convertido la chaqueta, los ojos vidriosos que parecían mirar fijamente a lo lejos. Una mirada a la eternidad que Emmerich conocía muy bien: a lo largo de su vida la había visto muchas veces.

En la sien derecha tenía el agujero de la bala y en la izquierda, una gran herida de salida. Emmerich dio un paso atrás, examinó el suelo alrededor del cadáver y encontró lo que esperaba: un arma. Para ser exactos: una Steyr M1912, la pistola estándar del Ejército Imperial y Real.

Registró la ropa del hombre con sus manos expertas, guardó la pistola y se dirigió a Winter.

—Ya está visto —dijo—. Volvamos a la ciudad.

—Pero... —empezó a decir el ayudante, pero Emmerich ya dirigía sus pasos hacia la parada del tranvía—. No podemos dejarlo aquí tirado. Tenemos que hacer algo.

Emmerich reprimió un suspiro.

—No querrás transportarlo en el tranvía, ¿verdad? Si te parece, ve a por él. Compraremos tres billetes.

Winter se quedó mirando el suelo, con aire de perplejidad.

—Lo siento —dijo—. Todavía me queda mucho que aprender.

—Lo mejor es que empecemos por esto. —Emmerich se sacó del bolsillo del pantalón una pequeña tarjeta marrón en la que estaba anotado el número 165—. La llevaba el muerto. Si logramos averiguar su identidad, informaremos a sus parientes, y mientras tanto los policías de la comisaría se encargarán del cadáver.

Winter no tuvo que abrir la boca; su mirada lo decía todo. No había visto en la vida una tarjeta como aquella, de modo que Emmerich le dio la vuelta para mostrarle el sello estampado en el dorso.

Asociación de Asilos de Viena

18 de nov. 1919

—El 165 es el número de la cama. ¿Ves estos agujeros? —Emmerich señaló el borde de la tarjeta—. Se la han picado cinco veces, lo que significa que el difunto ha pasado cinco noches allí. Es el máximo. No les dejan quedarse más tiempo.

—¿Cree que por eso se ha...?

—¿... volado los sesos? —Emmerich asintió—. Por eso y por otras mil razones. Pobre desgraciado. Quién puede reprochárselo. —Se frotó la pierna tan discretamente como le fue posible y miró hacia la ciudad, donde por fin se veían